

XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche, 2009.

El “impacto” de Medellín. Un análisis de las repercusiones del documento de la CELAM en el campo católico. El caso de la Diócesis de Mar del Plata 1968-1970.

Reclusa, Alejo Emanuel.

Cita:

Reclusa, Alejo Emanuel (2009). *El “impacto” de Medellín. Un análisis de las repercusiones del documento de la CELAM en el campo católico. El caso de la Diócesis de Mar del Plata 1968-1970. XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-008/646>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

El “impacto” de Medellín. Un análisis de las repercusiones del documento de la CELAM en el campo católico. El caso de la Diócesis de Mar del Plata 1968-1970

Reclusa, Alejo Emanuel

En el presente trabajo vamos a observar las repercusiones que el documento episcopal que elaborara la CELAM (Conferencia Episcopal Latinoamericana) en Medellín en octubre de 1968 tuvo en la Iglesia católica marplatense. Este primer trabajo se enmarca en uno más ambicioso: la “radicalización” del mundo católico, de algunos sectores del clero marplatense y del laicado marplatense durante la década de 1970, y su relación con el movimiento peronista. En esta primera aproximación tomaremos como fuentes los diarios “El Atlántico” y “La Capital” de los años 1968 y 1969 para observar las repercusiones de los documentos episcopales, no sólo el de Medellín, basado en la encíclica papal *Populorum Progressio*, sino también la lectura que hizo de aquel el episcopado argentino en 1969, conocido como “documento de San Miguel”, así como también recurriremos a testimonios de algunos de sus protagonistas y las declaraciones diocesanas del obispo.

Antes que nada es necesario situar temporalmente la recepción del documento de Medellín en el particular “triple contexto” del que habla Lucas Lanusse: inestabilidad política desde la caída del peronismo y la imposibilidad de instaurar un gobierno legítimo, convulsión continental luego del triunfo de la Revolución Cubana, sumada al clima político mundial, y la particular situación de la Iglesia católica argentina, sacudida su estructura por el Concilio Vaticano II (CVII)¹.

Argentina, el Mundo y la Iglesia católica

Los científicos sociales han descripto al período que se abre luego del derrocamiento del presidente Perón en términos de “empate social” o “juego imposible”.² Esta situación se debía a la proscripción del actor político mayoritario, el

¹ LANUSSE, L., **Cristo revolucionario. La Iglesia militante**, Ed. Vergara, Bs. As., 2007, p. 16.

² TCACH, C., *Golpes, proscripciones y partidos políticos*, en JAMES, D., **Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)**, Nueva Historia Argentina, Tomo 9, Sudamericana, Bs. As., 2003, p. 19. También ver O, DONNELL, G., *Estado y alianzas en la Argentina, 1956-1976*, en **Desarrollo**

peronismo, que a través de canales políticos alternativos como los sindicatos, ejercía el papel de factor de poder con poder de veto, al igual que el otro actor político dominante del período, las Fuerzas Armadas.

En 1966 se sucedió un nuevo golpe de Estado en la Argentina. Distinto a todos los anteriores, se proclamaba “revolucionario”, venía a “transformar las estructuras” y a suprimir la “partidocracia”. De su mano se instaló en el país, lo que Guillermo O’Donnell llamó un Estado burocrático-autoritario (BA).³ El BA implicó la exclusión política de la gran mayoría de los argentinos, sobre todo de los sectores populares, y sus resultados económicos -una mayor transnacionalización de la economía argentina, con la consecuente concentración económica- condujeron al acercamiento político entre la clase obrera y las clases medias y a su radicalización, resultado paradójico para los objetivos de las FFAA.

Si el objetivo de las FFAA, y del BA que implantaron, era el disciplinamiento económico y político de la sociedad argentina, necesario para la reconversión del capitalismo argentino, ya a mediados de 1968 comenzaron a encontrar una mayor resistencia entre los dos sectores que protagonizarían los sucesos políticos de la siguiente década: los estudiantes universitarios y los obreros. Esos mismos actores eran catalogados por los militares como los canales de la “infiltración comunista” desde hacía una década. Su estrategia de represión política y “asfixia cultural” no hizo más que potenciar los conflictos y la radicalización que pretendía contener. Luego del “Cordobazo” en mayo de 1969, los sectores dominantes comenzaron a inquietarse sobre las formas que estaba adquiriendo la resistencia a su modelo.

A su vez, el mundo también se convulsionaba. La guerra de Vietnam, la Revolución Cultural china, las rebeliones estudiantiles en Europa y Norteamérica, los procesos de descolonización, y por sobretodo, la Revolución Cubana en Latinoamérica, configuraban un escenario que parecía prometer que el “socialismo”, cualquiera fuera su forma, era inevitable para muchos sectores sociales.

Paralelamente la Iglesia católica argentina atravesaba su crisis más importante desde fines del siglo XIX, cuando fuera “asediada” por la política laicista del gobierno argentino. Ya a comienzos del siglo XX se comenzaron a recomponer las relaciones entre la Iglesia y el Estado, por el reconocimiento mutuo del otro como factor de

Económico, IDES, Bs. As. , Enero-Marzo de 1977, vol. 16, y PORTANTIERO, J. C., **Clases dominantes y crisis política en la Argentina actual**, 1973.

³ O’DONNELL, G., **El Estado Burocrático-autoritario. Triunfos, derrotas y crisis**, Editorial de Belgrano, Bs. As., 1996.

búsqueda del orden social en un país que se transformaba y se convulsionaba al ritmo de las inmigraciones. El período que arranca en 1899, con el Concilio de obispos de América latina en Roma, y finaliza de alguna manera con el XXXII Congreso Eucarístico Internacional de 1934 es considerado por Di Stefano y Zanatta como de “maduración” del catolicismo argentino.⁴ Esas décadas signadas por avances y retrocesos, y por debates y reestructuración consolidaron una estructura, monárquica y disciplinada, y un objetivo en la Iglesia más fiel a la Curia romana de toda América latina. En la década de 1930 la Iglesia consolidará su influencia nuevamente y se lanzará a la tarea de “reconquistar al mundo para Cristo”.

Para esto, la Iglesia debía tomar el papel directriz en la sociedad, ya que como “sociedad perfecta” debía iluminar al mundo terrenal para que siguiera su ejemplo y se apartara de los “errores modernos”. En las décadas de 1930 y 1940 se le dio forma al “movimiento católico”, que compuesto por organizaciones y medios de prensa dependientes de las órdenes de la jerarquía, tenía como eje la apuesta más grande de la Iglesia, la Acción Católica. Ésta debía “luchar contra el espíritu secular dominante, contra el liberalismo y la filosofía naturalista y aún más contra el socialismo y el anarquismo...”⁵.

Pero el modelo de la “cristiandad”, la tomista idea de “sociedad perfecta” guiada por el magisterio de la jerarquía católica y de desconfianza al “otro”, ya sea dentro del mundo católico o fuera del mismo, comenzaría su crisis en la década de 1950. El primer detonante fue el peronismo. Este dividió al mundo católico primero, porque unos participaron activamente, y otros lo rechazaron visceralmente. Luego al clero, quebrando la unidad entre la jerarquía y el clero secular y sus fieles. Finalmente, con la crisis del peronismo y la separación de sus pilares católicos, Iglesia y Ejército, se minó uno de los fundamentos ideológicos de la Iglesia, que luego estallaría con el Concilio: la unidad de la “nación católica”. Ni el ejército, verdadero “partido católico” ni la Iglesia, los dos fundamentos de la “nación católica” conservaban su unidad.

El segundo factor se relaciona con el primero en el nivel económico. En la década de 1950 asistimos a la transformación del capitalismo occidental. El peronismo constituyó la “versión” argentina del Estado de bienestar europeo. La ampliación de la democracia política, el consumo de masas, y los beneficios sociales condujo a la

⁴ DI STEFANO, R. y ZANATTA, L., **Historia de la Iglesia Argentina. Desde la Conquista hasta fines del siglo XX**, Mondadori, Bs. As., 2000, p. 354.

⁵ *Idem*, p. 367.

modificación de las pautas culturales y políticas, además de tornar más compleja a la sociedad.⁶ Los cambios económicos y culturales volvieron ineficaz al “modelo italiano” que sostenía la jerarquía católica para todo el movimiento católico. Tempranamente en la década de 1950, la Acción Católica comienza a recriminarle a la jerarquía la necesidad de reformas en la estructura de la acción social para poder adaptarse a la heterogénea y constantemente transformada sociedad. Las corrientes reformistas que surgen tanto en el seno del clero, como los seguidores del teólogo francés Jacques Maritain, partidario de un catolicismo plural y democrático, como las que aparecerán en el laicado católico, cuestionarán el principio jerárquico que había sido uno de los pilares del “renacimiento” de la Iglesia, abriendo una temprana brecha entre las cúpulas y las bases del movimiento católico.⁷

Todas las anteriores fueron condiciones que prepararon el terreno para que el Concilio Vaticano II, convocado por Juan XXIII en 1959, y que tendría lugar entre 1962 y 1965, hiciera estallar las tensiones internas que se incubaban en la Iglesia argentina. Paralelamente, para José Antonio Zanca, después del golpe de 1955 también se produjo una transformación del campo católico que permitió la aparición de una nueva generación de intelectuales, tanto laicos como religiosos, que introduciendo nuevas ideas criticaron total o parcialmente el modelo de “cristiandad”.⁸

Como nos aclaran Di Stefano y Zanatta, el Concilio Vaticano II “causó un terremoto en la Iglesia argentina”. Para los autores, el *aggiornamento* conciliar deterioró la estructura tomista de la Iglesia, permitió la crítica teológica lo que “infligió un terrible golpe a la imagen que hacía de sí misma y de su lugar en el pasado y presente nacional”, derribando el mito de la “nación católica”.⁹ Los cambios en la liturgia, el ecumenismo, el diálogo con las ciencias sociales, incluido el marxismo, los cambios teológicos, como la noción de Iglesia como “pueblo de Dios”, y por sobre todo, el permiso a criticar al magisterio de la jerarquía eclesiástica, provocaron la reacción y el desconcierto de la mayoría de los obispos argentinos. La jerarquía nacional, ligada íntimamente a la curia romana, destacada en América latina por su ortodoxia, su anti modernismo y su conservadurismo ultramontano, se vio sorprendida por las resoluciones de un Concilio que convocaba precisamente la Santa Sede. Había sido

⁶ Ver HOBSBAWM, E., **Historia del siglo XX**, cap. X “Los años dorados” y cap. XI “La revolución cultural”, Ed. Crítica, Bs. As., 1998.

⁷ *Idem*, p. 473.

⁸ ZANCA, J. A., **Los intelectuales católicos y el fin de la Cristiandad. 1955-1966**, FCE, Bs. As., 2006, p. 13.

⁹ DI STEFANO, R. y ZANATTA, L., *op. cit.* p. 478.

justamente la representación minoritaria que tuvieron las posiciones conservadoras en el Concilio, incluida la curia romana, lo que permitió la hegemonía de las posturas reformistas, donde los obispos de Asia, África y América latina jugaron un rol determinante para imponer reformas. Dada la categoría pastoral del Concilio, sus conclusiones eran de obligatoria obediencia para todas las Iglesias nacionales del mundo. Esto provocó la reacción de muchos obispos argentinos, que durante la década de 1960 intentaron frenar u obstaculizar el pleno *aggiornamento* conciliar y provocaron tensiones con otros sectores del clero que querían acelerar las reformas.

Aunque es erróneo ser taxativo al dividir al clero en dos posiciones en relación al concilio, “progresistas” y “tradicionalistas” o “conservadores”, y su aún más equivocada analogía con posiciones de “izquierda” y “derecha”, dada la complejidad de la dinámica eclesial y política, es posible ver las tensiones que se abren entre las jerarquías y el clero secular, y sus relaciones con el ámbito político. Si bien no todos, y es paradigmático el ejemplo de Antonio Quarracino como un reformador conciliar y conservador político, muchos de los que presionaron por el *aggiornamento* conciliar tendieron a tomar posturas progresistas en el campo político. Y en este sentido el documento episcopal de la CELAM de octubre de 1968 no hizo más que potenciar el “compromiso temporal” que estaba ejerciendo una importante porción del clero.

Como dijimos, los obispos latinoamericanos se reunieron en octubre de 1968 en Medellín, Colombia, para realizar una lectura y delimitar líneas pastorales en torno a las conclusiones del Concilio Vaticano II, y la reciente encíclica papal *Populorum Progressio*. De las conclusiones de la Conferencia tres documentos titulados: *Justicia, Paz y Pobreza* fueron los de mayor impacto. En estos documentos se señalaban las injustas “estructuras de explotación”, se denunciaba al “neocolonialismo”, al “colonialismo interno y externo”, a la “dependencia de un centro de poder económico” y al “mercado biclasismo”. De alguna manera justificaba la violencia política de las masas al hacerla consecuencia de la “violencia institucionalizada”, e instaba al compromiso de la Iglesia: “crear un orden social justo es una labor eminentemente cristiana”. También demostraba vocación ecuménica al fomentar que las comunidades eclesiales de base (CEB) trabajaran en conjunto con las demás “Iglesias cristianas”.¹⁰ Las dos jerarquías más conservadoras del continente americano, la colombiana y la argentina, en minoría en Medellín, rechazaron las conclusiones de la Conferencia. La

¹⁰ MAGNE, M., **Dios está con los pobres. El Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo**, Imago Mundi, Bs. As., 2004, p. 89.

jerarquía argentina expresó que las conclusiones de la CELAM eran “amplias generalizaciones” y que “debían ser matizadas mediante una interpretación y revisión local”, yendo el arzobispo Tortolo a declarar públicamente que Medellín era un documento teológicamente descompensado.¹¹ A meses de las conclusiones de la CELAM, el Episcopado argentino se reunió en San Miguel de Tucumán para analizar el paso del *aggiornamento* conciliar. En sus conclusiones se pueden notar la influencia de los obispos reformadores, que piden reformas a fin de “encauzar los excesos”, en un documento de compromiso entre las distintas tendencias dentro del Episcopado, que denuncia las “estructuras opresivas” pero paralelamente ordena vituperar las “opciones extremistas”, que ya asoman entre sus filas.¹²

Las reacciones en la Diócesis de Mar del Plata

En lo que refiere al estudio de la Iglesia en los años 60 y 70 hasta ahora la mayoría de las investigaciones se han centrado en el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo (MSTM).¹³ En la última década se ha avanzado en una reconstrucción más integral de la historia del mundo católico a fines de la década de 1960 y comienzos de 1970.¹⁴ Aunque nuestro trabajo tiene como objetivo ulterior el estudio empírico de las relaciones entre los grupos e individuos politizados y radicalizados en el campo católico marplatense, en este primer trabajo intentamos ver las reacciones que se mostraron en dicho campo a través de la prensa gráfica luego de la publicación de las conclusiones de la CELAM en Medellín.

¹¹ *Idem*, p. 96.

¹² DI STEFANO, R. y ZANATTA, L., op. cit. p. 521.

¹³ Creado a fines de 1967 como consecuencia de la publicación del *Mensaje de los 18 obispos del Tercer Mundo*, forma parte de nuestro objeto de estudio ya que se encuentran tempranamente adherentes en Mar del Plata, aunque nunca ningún grupo organizado del MSTM.

¹⁴ En este último caso nos resulta interesante el trabajo de José Zanca sobre los intelectuales católicos citado anteriormente, así como también los trabajos realizados por los tres grupos de investigación del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani” (GERE: Grupo de Estudios sobre Religiosidad y Evangelización; RELIGIO: Grupo de Estudios sobre Historia de la Iglesia y RELIGAR: Grupo de Trabajo de Religión y Sociedad en la Argentina Contemporánea), entre otros los de Fortunato Mallimaci, Luis Donatello y Claudia Touris que hemos consultado como referencia para realizar este trabajo así como también el trabajo de ARCE, N., *¿Tradición o aggiornamento? Una mirada a los obispos argentinos y su actuación durante el primer año del Concilio II*, publicado en CD de las XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia, Tucumán, 19 al 22 de septiembre de 2007. Tomamos la definición de “campo religioso” como un conjunto de grupos e individuos que intervienen en la administración de lo sagrado. Este último está administrado por “mediadores” encargados de diferenciar lo sagrado y lo profano. Ver ZANCA, J. A., op. cit.

La diócesis de Mar del Plata se fundó en 1957 durante la oleada que pretendía “modernizar” la estructura eclesial argentina, adaptarla a la estructura administrativa del país, reduciendo la cantidad de kilómetros cuadrados por diócesis como su densidad poblacional, sobretodo en la provincia de Buenos Aires, donde se crearon 6 nuevas diócesis y se elevó a arquidiócesis a Bahía Blanca. Sobre esta iniciativa de la Iglesia argentina que contó con la aprobación del gobierno militar de Pedro Aramburu y de la Santa Sede, se esbozan dos hipótesis: el intento por parte de la Iglesia argentina de alcanzar las zonas “subdesarrolladas” del territorio argentino, a tono con el discurso desarrollista que comenzaba a apuntar, y el mayor control por parte de la jerarquía eclesial del clero secular, sobre todo el peronista, así como también el relevo del que mostrara compromiso con el gobierno anterior.¹⁵ Ni bien fundada, la nueva diócesis de Mar del Plata recibió a su primer obispo, Enrique Rau.

No se puede entender la dinámica del campo católico en Mar del Plata durante la década de 1960 si no intentamos comprender a una de las figuras determinantes de la época: el obispo monseñor doctor Enrique Rau. Nacido el 13 de agosto de 1899, en Cnel Suárez, nombrado obispo en 1951 y designado a la diócesis de Resistencia en 1954 y luego a la de Mar del Plata en 1958, fue enviado al Concilio Vaticano II por su conocida trayectoria como especialista en Teología.

Como podemos leer en la prensa de la época, se lo reconocía como “vanguardia de la renovación litúrgica”. El mismo Rau creó en la diócesis marplatense a fines de 1968, a través de un decreto canónico, una comisión de pastoral “Liturgia, Música y Arte sagrado” con el fin “promover la renovación litúrgica y propender a una mayor y activa participación del pueblo en forma comunitaria... y hacer conocer las reformas aprobadas por el Concilio Vaticano II”¹⁶ En el ámbito local se lo identifica en la corriente “progresista” pos conciliar, relatando sus hitos renovadores: en 1966 es junto a monseñor Devoto el primero en celebrar misa en castellano en “un altar improvisado en la carreta que con la imagen de Nuestra Señora de Luján, la virgen “gaucha”, conserva el Museo Tradicionalista José Hernández de Laguna de los Padres”. También lo vemos como propulsor del ecumenismo ya que es en la Catedral de los santos Pedro y Cecilia

¹⁵ ARCE, N., *¿Tradición vs. aggiornamento? Una mirada a los obispos argentinos y su actuación durante el primer año del Concilio Vaticano II, 1962-1963*, ponencia presentada en XI° JORNADAS INTERESCUELAS/ DEPARTAMENTOS DE HISTORIA Tucumán, 19 al 22 de Septiembre de 2007, publicada en CD. Ver también DI STEFANO, R. y ZANATTA, L., op. cit

¹⁶ *El Atlántico*, 21/12/1968.

donde se dio la primera homilía con un pastor evangelista y es el mismo Rau el primer obispo en asistir a una misa evangélica.¹⁷

Pero como dijimos es erróneo ser taxativos en la división entre “progresistas” y “conservadores” sin ver los matices. Enrique Rau se muestra tempranamente como un renovador litúrgico, pero en otros aspectos se enrola dentro de posiciones más tradicionales. Como director de la *Revista de Teología* de La Plata, medio que representaba la conjugación de la tarea intelectual y pastoral, se encuadraba en la corriente “re Cristianizadora” iniciada en la década de 1930. Sus colaboradores en la revista eran los “tradicionalistas” Derisi, Meinvielle, Sepich, aunque también los más heterodoxos Quarracino y Pironio. A través de los testimonios que hemos recogido, a monseñor Rau se lo estimaba como un “verdadero pastor”, por su apertura y su tolerancia, un hombre con la intención de contener en su seno a las nacientes tensiones ideológicas que se presentaba.¹⁸

Rau y su grupo de la Revista Teológica es un ejemplo de los errores que se pueden cometer en la asignación de rótulos. Defensores fervorosos de la renovación litúrgica, siempre dentro de los márgenes integralistas, eran adversarios de la *nouvelle théologie* y de las modificaciones teológicas que se avizoraban en el Concilio Vaticano. El mismo Rau era un obispo que pensaba que el siglo XX era el “siglo del laicado, Pueblo de Dios” pero sin embargo, recordaba el lugar que ocupaba la jerarquía católica: “La iglesia es todo el pueblo de Dios: Jerarquía y Laicado, cabeza y miembros”.¹⁹ A su vez esto no le impedía tolerar las diferentes interpretaciones teológicas que surgieron en el campo católico a fines de la década de 1960.

Analizando las declaraciones y las pastorales del obispo Rau en la prensa gráfica, junto con otras actividades del campo católico, como los cursos organizados por la Escuela de Teología, vemos a Rau como un *mediador* entre los distintos sectores del campo, a su vez que también vemos la importante corriente renovadora que se apodera del campo católico marplatense. Suponemos que entre la jerarquía, en este caso Rau, el

¹⁷ *El Atlántico*, 13/08/1969.

¹⁸ Entrevista a Francisco Bretones, docente de la UC de Mar del Plata hasta 1974 (20/6/2009). Adversario del “intelectualismo” de la revista *Criterio*, José Zanca nos muestra a monseñor Rau como un *mediador* del campo católico: “una persona que combinaba debate teórico con actividad apostólica y abría espacios para la formación y participación del laicado. Uniendo los distintos “anillos” formados alrededor de una centralidad autoconstruida.”. Para Zanca, estas personas que desdibujaban las diferencias ideológicas o políticas en pos de consolidar una subjetividad común, bien enrolados en la antigua tradición católica de contener también a los herejes dentro de sus filas para conservar la unidad, dieron forma a la *identidad católica* y formaron intelectualmente a la generación posterior a 1955. Ver ZANCA, J. A. op. cit, p. 31.

¹⁹ RAU, E., *Misterio de la liturgia*, Bonum, 1965, p. 28. Citado por ZANCA, J. A., op. cit. P. 158.

clero y las bases católicas hay una dinámica dialéctica en los tiempos de adaptación y *aggiornamento* a las posturales conciliares, pero también un ansia por renovación en las últimas que se intenta “controlar” por el obispo diocesano. Siguiendo a Zanatta y Di Stefano, que describen a una de las corrientes episcopales reformadoras como “evolucionistas”, ya que intentan encauzar lentamente el *aggiornamento* conciliar con el fin de revitalizar a la Iglesia católica argentina y ponerla en condiciones de influir eficazmente en el mundo moderno, distinguiéndola de la corriente “radical” anti jerárquica y politizada,²⁰ podemos caracterizar a Rau como un reformador “evolucionista”. Un reformador que a pesar de quizás no estar de acuerdo con todas las corrientes teológicas en boga en la década de 1960, debe obedecer las líneas pastorales de las “asambleas” episcopales, tanto el CVII con la CELAM.

A comienzos de 1969 lo vemos a Rau como un autodenominado “progresista”, que al referirse a los sucesos de la arquidiócesis de Rosario, donde un grupo de sacerdotes renunciaron por la negativa del arzobispo monseñor Bolatti de adaptarse al CVII, lo analiza como un conflicto entre tendencias “progresistas” y “tradicionales”, situación por la cual no pierde su optimismo en la unidad de la Iglesia, aunque vea que es necesario “dinamizar a algunos que todavía están demorados o detenidos”. En la misma entrevista elogia a los sacerdotes jóvenes con espíritu posconciliar, y se refiere a los marplatenses como el futuro de la diócesis.²¹

Rau comienza 1969 refiriéndose a la Conferencia de Medellín como una “nueva era”, donde la Iglesia latinoamericana se ha comprometido en “actualizar en cada cristiano... el fervor de Pentecostés y el cumplimiento de la justicia social ya que el desarrollo es el nuevo nombre de la paz, según el denso programa trazado por Pablo VI en la encíclica *Populorum Progressio*”.²² La justicia social es el nombre de la Paz para Enrique Rau y lo explicitará en otra de sus pastorales: “La Paz, obra de justicia” donde “la promoción de los Derechos del Hombre es el camino de la Paz” en acuerdo con la Declaración de la Asamblea de las Naciones Unidas es esencial:

“El derecho a la vida, el derecho a la libertad religiosa, el derecho a adorar libremente a Dios, el derecho a la justa y equitativa participación en las responsabilidades sociales, económicas y políticas de la comunidad,... el derecho a

²⁰ DI STEFANO, R. y ZANATTA, L., op. Cit, p. 501.

²¹ *El Atlántico*, 11/4/69.

²² *La Capital*, 1/2/69.

la justa distribución del patrimonio nacional y mundial,... el derecho a la infomación y a la libre expresión... Sin el respeto de estos derechos no puede existir la Paz.”²³

En estas declaraciones vemos el eco de los documentos de Medellín y de la encíclica papal, así como el ecumenismo propio de Rau, aspecto que lo alejaba de los sectores ultramontanos del episcopado argentino. También agrega el obispo que

“La paz con Dios es el fundamento último de la interior y de la paz social. Por lo mismo, allí donde dicha paz social no exista; allí donde se encuentran injustas desigualdades sociales, políticas, económicas y culturales, hay un rechazo a un don del Señor. Y como el Señor es el “Dios de la Paz”, es rechazo del mismo Dios.”²⁴

Aunque el tono de Rau se torne político, y no podemos rehusarnos a creer que este documento y otras pastorales del obispo no sean leídas en “clave temporal” por parte del clero, Rau toma el compromiso con la justicia social como parte de la labor espiritual del pastor: “...la participación activa y comunitaria de nuestro pueblo y nuestra predicación, crearán un clima de paz”.²⁵

En las palabras de Rau encontramos el discurso desarrollista de la época, pero al enfatizar en los aspectos sociales y económicos nos preguntamos ¿Son inocentes las declaraciones de este obispo? ¿Intentan a adaptarse a un discurso de época? ¿No toman en cuenta el tono político en que pueden ser interpretadas? ¿Está criticando al gobierno militar? El Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo (MSTM) ya existía para esta época y se conocía de la participación de sectores del clero en la CGT de los Argentinos y sus conexiones con lo que comenzaba a parecer una izquierda revolucionaria en el peronismo. Las declaraciones y las pastorales de Rau, así como el documento de la Conferencia Episcopal de San Miguel de Tucumán no deja de sorprendernos viniendo de sectores conservadores o moderados, que además no comulgan con la tendencia a comprometerse “temporalmente” con la vida política, no de la manera en que este compromiso se entenderá por algunos sectores del clero a fines de la década de 1960.

²³ *El Atlántico*, 30/12/68.

²⁴ *El Atlántico*, 30/12/68.

²⁵ *Idem*.

En abril de 1969 el obispado argentino se reunió en Tucumán a fin de adaptar las resoluciones de Medellín. Para la prensa marplatense de la época la reunión reviste una particular trascendencia, dados los hechos recientes, “problemas candentes” del campo católico argentino: la actitud de los sacerdotes rosarinos, el MSTM, los matrimonios y el “movimiento de los sacerdotes jóvenes”. La prensa cita a monseñor Pironio que expresa que la Iglesia argentina atraviesa “...un momento decisivo. Quizá el más grave de su historia...un momento particularmente difícil, de cambios profundos, de mucho dolor y desgarramiento” que exhorta al “diálogo fraterno y activo entre los obispos y curas”.²⁶ Se destaca el papel del obispo Rau como el de un conciliador: “equidistante” de las posiciones extremistas, es un “garante” en la búsqueda de acuerdos en el episcopado.²⁷ Podemos notar el clima de tensión por la renovación ideológica en una nota editorial del 20 de abril del diario *El Atlántico*, donde se pide que se rectifiquen las “erróneas” interpretaciones del CVII y de las encíclicas papales y se corrijan las “desinteligencias” entre la jerarquía y el clero. Con respecto a este panorama, en la misma nota, el diario marplatense pide al episcopado

“...esclarecer para determinar, definitivamente, la postura de la jerarquía de manera especial frente al clero joven que “viene arrollando”, y que al decir de nuestros obispo, monseñor Rau, es una “juventud admirable pero que avanza demasiado a prisa”.²⁸

Las conclusiones del documento seguramente no saciarán las expectativas de este sector marplatense. Lo que podemos inferir es que la actividad religiosa y social que el clero joven marplatense lleva a cabo durante esta época, lleva a la prensa local, que bajo el gobierno militar toma actitudes conservadoras, a pedir a la jerarquía católica que logre “encauzar” y “corregir” a estos sectores.

El documento de San Miguel, como dijimos anteriormente, es de una naturaleza contradictoria, que según Zanatta y Di Stefano parte de un tibio compromiso entre las

²⁶ *El Atlántico*, 21/4/69.

²⁷ *El Atlántico*, 16/4/69

²⁸ *El Atlántico*, 20/4/69.

tendencias hacia dentro del obispado.²⁹ En concordancia con los documentos de Medellín, en San Miguel el episcopado argentino en el apartado *Justicia* dice:

“Como la vocación suprema del hombre es una sola: la divina, la misión de la Iglesia es también una sola: salvar integralmente al hombre. En consecuencia la evangelización, comprende necesariamente todo el ámbito de la promoción humana. Es, pues, nuestro deber trabajar por la liberación total del hombre e iluminar el proceso de cambio de las estructuras injustas y opresoras generadas por el pecado...Comprobamos que, a través de un largo proceso histórico que aun tiene vigencia, se ha llegado en nuestro país a una estructuración injusta. La liberación deberá realizarse, pues, en todos los sectores en que hay opresión: el jurídico, el político, el cultural, el económico y el social.”³⁰

Y agrega que la injusticia social es parte de

“...la subordinación de lo social a lo económico impuesta por la acción de fuerzas foráneas, de sectores y grupos internos de opresión y que se manifiesta en los desequilibrios regionales, en las migraciones internas y en las racionalizaciones que provocan desocupación e inseguridad.”³¹

Esta última línea es una clara alusión a la política económica de Adalbert Krieger Vasena, y denota las tensiones que existen dentro de la Iglesia argentina, institución que dio su bendición al gobierno militar, pero que en abril de 1969, a pocas semanas del estallido popular en Córdoba, demuestra estar atravesada por el rechazo a la dictadura militar o a la conducción del régimen.³² Más relevante aún son las alusiones al imperativo deber de “transformar las estructuras injustas” que tiene el documento:

²⁹ DI STEFANO, R. y ZANATTA, L., op. cit. p. 521. Para Horacio Verbitsky, según una entrevista a Domingo Bresci, el documento de San Miguel lo escribieron Enrique Angelelli, Rafael Tello, Justino O’Farrell y Carlos Alberto Floria, entre otros, y luego fue refrendado por los obispos argentinos, incluso los conservadores. VERBITSKY, H., **Doble Juego. La Argentina Católica y Militar**, Sudamericana, Bs. As., 2006, p. 34.

³⁰ CONFERENCIA EPISCOPAL ARGENTINA, *Documento de San Miguel: declaración del Episcopado Argentino sobre la adaptación a la realidad actual del país, de las conclusiones de la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano (Medellín)*, 21 al 26 de abril de 1969.

³¹ *Idem*.

³² Tomemos en cuenta que a la CEA de San Miguel fue invitado a disertar José María Dagnino Pastore, antiguo ministro de Economía depuesto por el régimen de Onganía.

“Trabajaremos por la superación de las resistencias al cambio motivadas por ignorancia, indiferencia o intereses egoístas...

Esta tarea nuestra y la que han de asumir los laicos como propia con este mismo espíritu evitarán la creciente rigidez que nace de posiciones que, teniendo como meta aparente el cambio social, en la realidad acrecientan las reacciones de ciertos sectores dominantes que consolidan así las injusticias de las estructuras sociales.

La necesidad de una transformación rápida y profunda de la estructura actual nos obliga a todos a buscar un nuevo y humano, viable y eficaz camino de liberación con el que se superarán las estériles resistencias al cambio y se evitará caer en las opciones extremistas, especialmente las de inspiración marxista, ajenas no sólo a la visión cristiana sino también al sentir de nuestro pueblo.”³³

No puede haber inocencia en las declaraciones de los obispos. Es un llamado a la acción política, una crítica, aunque moderada, hacia el régimen militar pero también una crítica hacia los sectores de izquierda, aún los cercanos. Como documento de “compromiso” o como “desliz” de los sectores conservadores o moderados del episcopado, los mismos que habían moderado o criticado las conclusiones de Medellín, la Declaración de San Miguel se convertirá en un texto base del clero y el laicado politizado en los años venideros.

Para la prensa local, a pesar del tono de denuncia de la injusticia social del documento, las conclusiones no tienen una crítica exagerada al gobierno militar. Destacan que la Iglesia argentina, en concordancia con su histórica posición, no está decidida a “romper lanzas” con el gobierno militar,³⁴ aunque cuando se de a conocer el documento *Justicia* del episcopado, la reacción sea el silencio.³⁵

Pero las repercusiones de los documentos de Medellín, así como de las encíclicas papales y las conclusiones de San Miguel de Tucumán las podemos rastrear en las actividades que realizan otras organizaciones de la diócesis marplatense. Tomemos por caso la UCA y su Escuela de Teología.

³³ *Idem.*

³⁴ *El Atlántico*, 28/4/69. *La Capital*, 28/4/69.

³⁵ No encontramos comentarios a la publicación de esta parte del documento, aunque aparecen en las primeras planas de los dos diarios marplatenses.

Creada en 1968 por la Universidad Católica de Mar del Plata, la Escuela de Teología abre su inscripción en enero del siguiente año y estará “orientada a posibilitar el estudio de esta disciplina a sacerdotes, religiosos y seglares, de acuerdo a los postulados de la teología moderna y a los principios doctrinales emanados del Concilio Vaticano II”.³⁶ Ya desde 1965, la UCA organiza un ciclo de charlas denominadas “Problemáticas Religiosas Contemporáneas”, tratando las conclusiones del CVII y las nuevas corrientes teológicas, como el pensamiento del jesuita francés Theillard de Chardin. Continuando todo el año 1969 veremos la organización de charlas y seminarios abiertos de la Escuela de Teología con temas que atraviesan las dimensiones teológicas y políticas.

El más importante de ellos, y que continúa la línea de discusión teológica que abrió la UCA a fines de 1965, es el curso “La Iglesia y la Transformación de América Latina a la Luz del Concilio”, que se inicia en agosto de 1969. Su temario atraviesa todas las discusiones contemporáneas dentro de la Iglesia Católica, y está organizado por la escuela de profesores de la UCA junto a los pbros. Vicente Pellegrini y Miguel Petty del Centro de Investigación y Acción Social de la Compañía de Jesús (CIAS). Según sus organizadores, el “cursillo” está orientado al “análisis y comentario de las conclusiones de la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, celebrada en Medellín” y sus temas son:

“ 1. Introducción general a las Conclusiones de Medellín; Primer aspecto: la promoción humana; Segundo aspecto: la evangelización; Tercer aspecto: las estructuras eclesiales. 2. La promoción humana: la justicia y la paz. 3. Problemas agrarios de América latina a la Luz del Concilio. 4. La educación liberadora en las conclusiones del Episcopado latinoamericano. 5. Criterios básicos sobre la juventud latinoamericana y pastoral juvenil de la Iglesia. 6. Implicaciones de la acción pastoral y evangelizadora de la Iglesia en América latina. 7. Contribución de la Iglesia en el futuro latinoamericano, a través de su renovación doctrinal y catequística. 8. Aspectos de la pastoral litúrgica y de la religiosidad popular en la Iglesia latinoamericana. 9. La Iglesia latinoamericana y sus estructuras visibles: orientaciones para la futura actividad eclesial. 10. La problemática de Medellín en la Iglesia argentina: los documentos del Episcopado argentino de 1969.”³⁷

³⁶ *La Capital*, 10/1/69.

³⁷ *El Atlántico*, 12/7/69.

Los docentes que dictaron las charlas, mayoría de ellos presbíteros, pertenecen como ya dijimos al CIAS. Según José Antonio Zanca, este centro jesuita, dirigido por Alberto Sily, y del cual participaron entre otros Carlos Floria, representaba a un sector renovador de la intelectualidad católica sensible a los cambios que se producían fuera y dentro de la Iglesia.³⁸

En una nota editorial del diario *El Atlántico*, en tono disconforme otra vez con la actitudes de algunos sectores del clero marplatense, se señala la actitud de la UCA de abrir este curso como “poner el dedo en el ventilador” dada la abierta polémica en la que se encuentra la Iglesia en esos años, porque advierte que en la discusión sobre el subdesarrollo hay una “lucha no declarada” entre sus corrientes “progresistas” y “tradicionales”, y sus “extremos peligrosos”.³⁹

También a mediados de 1969, y como parte de la organización de la I Semana Interdiocesana de Estudios Pastorales, vemos la importancia que la prensa gráfica le dedicó a las mismas. Y no es para menos. Los temas a tratar en las jornadas pertenecieron a la renovación en la estructura de la Iglesia y en su pastoral. Para uno de sus organizadores, el prbro. Peñalva Saravia, la semana tenía como objetivo la aplicación en las diócesis y las parroquias de las conclusiones de las asambleas episcopales latinoamericana y argentina. “La pastoral de conjunto” y otros temas como “Evangelización y desarrollo”, “Promoción, formación y coordinación del laicado”, “Misión actual de la parroquia y las comunidades eclesiales de base” entre otras, tenían como objetivo para la comisión organizadora, cuyo coordinador fue el canónigo belga F. Boulard, perito en el CVII, “abandonar el concepto monolítico de la Iglesia como institución piramidal; terminar con la separación Iglesia-Mundo; y orientar la pastoral a partir del concepto social del hombre”⁴⁰ Lo singular de esta jornada interdiocesana fue la falta de un documento de conjunto, aduciendo los organizadores los “distintos problemas” que tenía cada diócesis. Sólo fue esbozada una lista de “sugerencias”, como la necesidad de “unidad” y “diálogo” –lo que sugiere que no lo había- y posibles “soluciones” comunes, como el fomento de las comunidades de base y la integración de todos los sectores.⁴¹

³⁸ ZANCA, J. A., op. cit., p. 30.

³⁹ *El Atlántico*, 10/8/69.

⁴⁰ *El Atlántico*, 8/8/69.

⁴¹ *El Atlántico*, 24/8/69. *La Capital*, 24/8/69. La puesta en práctica del trabajo de base es la intención de trabajo a futuro de esta investigación.

Otro de los episodios que es necesario resaltar refiere también a la UCA, pero en particular al movimiento estudiantil y a una de sus fuerzas sociales, la JUC. A fines de 1969 se realizó en Mar del Plata el Congreso de Federaciones Estudiantiles de Universidades Católicas de América Latina (FEUCAL). El anterior congreso se había realizado en Lima en septiembre de 1968, y sus resoluciones no pasaron de algunos reclamos estudiantiles, como una participación más activa en la dirección de las Universidades de los Centros de Estudiantes. Por pedido del Centro de Estudiantes de Derecho (CED) de la UCA, el 3er congreso se realizaría en Mar del Plata.

Pero en un año el tono del congreso de la FEUCAL pasó de reivindicaciones de corte corporativas a declaraciones políticas radicales. Así lo vemos en octubre de 1969 en Mar del Plata. El congreso se centra en discutir los aspectos políticos de la situación latinoamericana enmarcándolo en las conclusiones que los obispos han dado en Medellín. La conclusión del documento de la FEUCAL es directa: “El pueblo debe tomar el poder”. La prensa gráfica resalta, con asombro y parcialidad, las textuales discusiones de los estudiantes católicos, sobre todo el uso de las palabras “violencia” y “subversión” y también la situación de la delegación marplatense: “Eran los dueños de casa y parecían visitantes inoportunos. En los debates, ni una sola palabra. En las votaciones... abstención...”⁴². Según los actores de la época, la situación del movimiento estudiantil católico distaba mucho de la que asumiría años después. Aunque se discutieran algunos aspectos renovadores provenientes de las conclusiones del CVII o de las encíclicas papales, y de los documentos de Medellín, debemos advertir que los estudiantes católicos estaban alejados todavía de las posiciones radicalizadas de la década de 1970.⁴³ Este congreso fue una experiencia nueva, ya que se discutieron aspectos políticos que no habían “madurado” en el movimiento estudiantil católico marplatense. De ahí las descripciones que la prensa local adjudicaron a la falta de intervención en el debate de la delegación local.

A modo de conclusión.

⁴² *El Atlántico*, 21/9/69. *La Capital*, 21/9/69. Es *El Atlántico* quién más hincapié realiza sobre la actitud de la delegación marplatense.

⁴³ Entrevista a Carlos Bozzi, estudiante de la Facultad de Derecho de la UC (27/5/2009). Aunque las tendencias de izquierda del movimiento estudiantil católico no existían, si a mediados de 1969 se funda la Concentración Nacional Universitaria (CNU), que dentro de la UC tomará una actitud de abierta hostilidad hacia las tendencias renovadoras y progresistas, hostigando a docentes y estudiantes. Entrevista a Francisco Bretones (20/6/2008).

Hemos visto parte de los ecos de los documentos episcopales de Medellín y de San Miguel en Mar del Plata. Monseñor Enrique Rau se encuentra a la cabeza de la renovación litúrgica, crea comisiones de actualización, promueve encuentros y emite constantes pastorales con el fin de acoplar la liturgia parroquial a las conclusiones del Concilio Vaticano II y de la CELAM de Medellín. Así también lo vemos como un denunciante de las desigualdades sociales, pero que pide también no ir “demasiado a prisa”.

También vimos la función de la UCA y de su Escuela de Teología, concentradas sus energías en la discusión de las contemporáneas problemáticas teológicas, eclesiológicas, pastorales y políticas de fines de la década de 1960. La participación de un centro renovador como el CIAS es muestra de los intentos por rediscutir la dimensión teológica y la función del cristianismo en la “transformación” de América latina, tema tan caro a fines de esa década.

A su vez, aunque sin profundizar, vimos la naciente politización del movimiento estudiantil católico a través de las discusiones del congreso latinoamericano realizado en Mar del Plata a fines de 1969.

A partir de la lectura de las repercusiones de los documentos episcopales en la prensa gráfica, resaltamos el papel de renovación y de actualización que tiene el campo católico y la diócesis marplatense a fines de la década de 1960. Siendo Rau, como nos muestra José Antonio Zanca, un *mediador* del campo católico, y proviniendo de un sector renovador en algunos aspectos, como la liturgia, pero encuadrados dentro de un reacomodamiento del proyecto “cristianizador” de 1930, no podemos sino preguntarnos cómo se dio la dinámica del campo católico en Mar del Plata, para que la UCA tomara el lugar de vanguardia en la renovación teológica (y luego política). La prosecución de la investigación de estos hechos, a través de otros documentos eclesiológicos, prosopografías de los protagonistas y testimonios orales, reconstrucción de redes sociales y espacios de “sociabilidad” públicas y privadas⁴⁴, creemos nos darán las

⁴⁴ Tomamos aquí la propuesta de Claudia Touris para la reconstrucción de las formas de sociabilidad católica en la época, que actuaron como formadoras de identidades que reforzaron el sentido de pertenencia y de diferenciación de otros universos culturales. TOURIS, C., *Sociabilidad e identidad político-religiosa de los grupos católicos tercermundistas en la Argentina (1966-1976)*, en MOREYRA, B. y MALLO, S. (ed.). **Miradas sobre la historia social argentina en los comienzos del siglo XXI**, Centro de Estudios Históricos “Prof. Carlos S. A. Segreti”. Centro

pautas para entender la dinámica del campo católico en este período, y lograr prefigurar la situación que se avecina en la década de 1970.

BIBLIOGRAFÍA

ARCE, N., *¿Tradición o aggiornamento? Una mirada a los obispos argentinos y su actuación durante el primer año del Concilio II*, publicado en CD de las XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia, Tucumán, 19 al 22 de septiembre de 2007.

DI STEFANO, R. y ZANATTA, L., **Historia de la Iglesia Argentina. Desde la Conquista hasta fines del siglo XX**, Mondadori, Bs. As., 2000.

DONATELLO, L., *Sobre algunos conceptos para comprender las relaciones entre religión y guerrilla en la Argentina de los '60 y '70*, en **Nuevos mundos. Mundos Nuevos**, Debates 2008, en línea.

HOBBSAWM, E., **Historia del siglo XX**, cap. X “Los años dorados” y cap. XI “La revolución cultural”, Ed. Crítica, Bs. As., 1998.

LANUSSE, L., **Cristo revolucionario. La Iglesia militante**, Ed. Vergara, Bs. As., 2007.

MAGNE, M., **Dios está con los pobres. El Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo**, Imago Mundi, Bs. As., 2004.

O, DONNELL, G., *Estado y alianzas en la Argentina, 1956-1976*, en **Desarrollo Económico**, IDES, Bs. As., Enero-Marzo de 1977, vol. 16.

O'DONNELL, G., **El Estado Burocrático-autoritario. Triunfos, derrotas y crisis**, Editorial de Belgrano, Bs. As., 1996.

PORTANTIERO, J. C., **Clases dominantes y crisis política en la Argentina actual**, 1973.

SARLO, B. **La batalla de las ideas, (1943-1973)**, Ariel, Bs. As., 2001.

TCACH, C., *Golpes, proscripciones y partidos políticos*, en JAMES, D., **Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)**, Nueva Historia Argentina, Tomo 9, Sudamericana, Bs. As., 2003

TOURIS, C., *Sociabilidad e identidad político-religiosa de los grupos católicos tercermundistas en la Argentina (1966-1976)*, en MOREYRA, B. y MALLO, S. (ed.). **Miradas sobre la historia social argentina en los comienzos del siglo XXI**, Centro de Estudios Históricos “Prof. Carlos S. A. Segreti”. Centro de Estudios de Historia Americana Colonial (CEHAC) Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Universidad Nacional de La Plata, 2008.

VERBITSKY, H., **Doble Juego. La Argentina Católica y Militar**, Sudamericana, Bs. As., 2006.

ZANCA, J. A., **Los intelectuales católicos y el fin de la Cristiandad. 1955-1966**, FCE, Bs. As., 2006

FUENTES

Diario LA CAPITAL.

Diario EL ATLÁNTICO.

CONFERENCIA EPISCOPAL ARGENTINA, *Documento de San Miguel: declaración del Episcopado Argentino sobre la adaptación a la realidad actual del país, de las conclusiones de la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano (Medellín)*, 21 al 26 de abril de 1969, www.cea.org.ar

CONFERENCIA EPISCOPAL LATINOAMERICANA, Documento de Medellín: Segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, www.celam.org